

# EN POCAS PALABRAS

La oportunidad que nos brinda Gaia

Anónimo

FALTA PÁGINA DE LEGALES

huellasparaunfuturo@gmail.com

*Suele ser triste aguardar la llegada de la fe en uno mismo; pero, ¡qué alegría saber que existe confianza cuando se espera!*

La fe se impele en cada latido. Vivir es un acto de confianza y el corazón ofrece este testimonio a diario. Ante el último suspiro, comprendemos lo que, un minuto atrás, era inaccesible a la materia o incognoscible al espíritu: la posibilidad de desentrañar el misterio que nos ha acompañado a lo largo de la vida.

Es una divina cualidad inmanente a la humanidad.

El mundo actual aplaca los sentimientos del hombre y tiende a ahogarlo en inconvenientes cotidianos que lo alejan de disfrutar y de entender su propia vida.

Resulta sencillo el enfoque simple y pesimista de las cosas, pues él implica un diminuto esfuerzo de nuestra parte. En cambio, aires de alegría y optimismo acarrear fuerzas capaces de sobrellevar las penas acontecidas día a día.

Tantas veces hemos dicho: *¡Basta!* a nuestros tormentos, y otras tantas hemos vuelto a caer por falta de alicientes. Sin embargo, es en vano aumentar el desaliento por cubrirnos de reproches.

Es absurdo resaltar que la motivación por lograr la tranquilidad y la estabilidad emocional debe nacer de cada uno. Poco puede hacerse si no surge esa voluntad. Poco puede hacerse si uno no confía en sí mismo.

Todos los días, nos despertamos predispuestos a imaginar lo nuevo que traerán aparejado las horas. Todos los días nace una oportunidad, un sentimiento. Todos los días tienen algo especial. Amanece una sonrisa o, quizás, brota una lágrima.

Pequeñas cosas eclipsan al tiempo y logran la eternidad de la dulzura, la paz y la confianza ante la vida.

Todos los días, se nos abren nuevos caminos; todos los días, nuestros pasos son diferentes. Siempre surgen nuevas posibilidades y vivencias; siempre podemos moldear una nueva ilusión.

—*Mira esa gran estrella*— me dijo una vez un niño—. *Todos compartimos su luz y, a través de nuestros ojos, se deposita en el alma.* Y luego me preguntó—: *¿Será Dios aquella estrella?*

Momentos en que surgen dudas. Innumerables dudas.

¿Por qué hemos sido niños alguna vez?

Quizás para alegrarnos y gratificarnos al saber que lo hemos sido o, quizás, para poder mantenerlo en el corazón mientras aprendemos a ser hombres. De todas maneras, la inocencia siempre formará parte de nuestro interior.

Escribir palabras es, en definitiva, juntar en un papel un montón de amor para ofrecérselo a alguien. No es más ni menos que eso.

Estas pocas palabras están dedicadas a todo aquel que deslice su mirada por estas páginas con la esperanza de que las acumuladas impotencias se traduzcan en un cambio, en ese que todos queremos para volver a transmitir el orgullo de vivir.

Anónimo

Vestida de encanto y mujer por siempre joven. Cabellos largos de un particular matiz. Su mirada, dulce, cálida.

En una de sus manos relucía el cetro de la eternidad y la magnificencia; en la otra, un símbolo de entrega. Era la *Vida*.

Se erguía en medio del *Tiempo*, un hombre de rostro poco nítido, pero de gesto firme, y de la *Libertad*, mujer bella y dócil, cuya sola presencia transmitía un halo de confianza.

Se hallaban de pie frente a una gran piedra, en la que estaban grabados los misterios que la condición humana desconoce en su existencia de simples hombres.

A un lado de ella, había un pequeño, rubio, de mirada profunda y clara, inquisitiva. Rostro expresivo e inocente, cuerpo menudo y piel blanca como el algodón.

La *Vida* tendió su mano al niño para que se acercara y este lo hizo. Sintió los dedos de la mujer entre su cabellera y los labios que se depositaban en su frente.

—Vive. Eres parte y dueño de las cosas que existen.

Día a día la naturaleza destila una poesía delante de todos los ojos, trata de comprenderla. Si, por algún motivo, algún día te

cansas de vivir, simplemente comienza a vivir de nuevo. Piensa que la vida en sí es una especie de sueño. Mas no debes dormirte, debes entenderlo.

Cuando te atrape la confusión y no puedas ver nítidamente las formas, nunca dejes de creer que crees. Aspirarás a realizaciones y conocerás la virtud del desempeño. Vive con ímpetu y con el constante equilibrio de los valores que te rodean.

Trata de reconocer tus límites y podrás ignorar, en parte, a la ansiedad y a la impotencia. Triunfa sobre lo que está a tu alcance y siente que cumples con tu objetivo. Edifícate, poco a poco, sobre aquello que vayas logrando y, sin darte cuenta, estarás co-deándote con la sabiduría.

Piensa que la vida es un desafío y solo triunfan los que enfrentan la partida. Nada hay para ganar, tampoco nada hay para perder.

Vive, pues el desafío es la propuesta de comprenderte a ti mismo.

El *Tiempo* dijo:

—Ya es tu hora. Un instante, cualquiera de ellos, será el último.

Por eso, dime pequeño: ¿qué es el tiempo, sino el agua que malgasta la ignorancia y aprovecha la conciencia?

Recuerda que mi naturaleza no otorga concesiones. Lo que ahora pasa... *ya ha sido*.

De ti depende acumular la experiencia de cada momento. No amontones vivencias para un simple y posterior recuerdo, pues en este viertes gotas de mi esencia en la arena.

Ahora, es presente.

Aquel ahora, ya es pasado.

Solo eres presente cuando te detienes a pensarlo y también pasado, al instante de haber comenzado a pensar.

Pues, ¿existe el presente si ahora lo es y... *ya no lo es?*

Sí, existe. Definitivamente. En cada momento que te recalcas que lo estas viviendo. Ser consciente solo es posible en este instante. De lo contrario, tu presente es un simple acumular pasado. Esfuérzate en impedir que tu futuro sea la proyección continua de días olvidados.

Puedes experimentar la importancia del ahora y no solo recordarla. Por eso, en cada instante, recuérdate que *eres* y que *estás*, y así podrás sentir la dimensión del tiempo dentro de ti.

Todo instante es invaluable, pues ninguno de ellos se repite. Cada instante es único y distinto.

Sentir que ha pasado es diferente de recordar que ha pasado. Recordar que hemos vivido un pasado es muy diferente de haber vivido un pasado. Ser consciente de ello marca la diferencia.

Ahora y luego no son lo mismo. El ahora es irrepetible; luego... es indistinto en el tiempo.

Y *ahora* te diré. Solo le marco las horas a la mente, mas no podría acometer al alma. Eres tú quien cae en un tiempo enmarcado dentro de lo eterno.

Puedo hacer que se desvanezcan los proyectos, pero no la energía con que pueden emprenderse.

Condiciono al lenguaje, pero no a las palabras; mutilo el cuerpo, sí, pero poco puedo interferir en su verdadera vida.

Comienzo a correr con tu presente investidura y termino también con ella. ¿Qué más vale decir, sino que he transitado por ti y no tú por mí?

Solo soy una barrera interior inexistente a la que han dado crédito. Soy el tenue velo, cargado de interrogantes, que separa al hombre de la Infinita Conciencia. Mi aferrada raíz se halla en tu razonamiento. Aunque siempre recuerda: no existen los límites, sino las limitaciones.

—Verás —continuó diciendo—, que luego de haber derrotado a las irrefrenables pasiones terrenas, continuaré firme como el último combatiente que pugna por aferrarte al dios tierra. Porque carezco de la Perfecta Armonía, no soy la Eternidad, pero traigo un mensaje para todos, el que, con el “tiempo”, entenderán.

El niño sintió la mano de la *Libertad* sobre su hombro y se dispuso a escucharla.

—Decide, y siempre enarbola tu verdad, pues nadie en este mundo está capacitado para considerar como erróneas las conclusiones a las que llegues sobre la base de tu experiencia o de tu discernimiento.

Al aguzar los sentidos, serás espectador de un sentimiento interior; de un particular silencio donde mora la Porción Divina de Dios que hay en ti. En ese infinito rincón encontrarás la plena libertad que, tras el filtro de la mente, guiará a tu comportamiento.

La mente ordenará tu pensamiento; el sentimiento oculto aportará sabiduría.

La mente organiza la lógica, razona y censura, en tanto que el sentimiento te contendrá y esperará a que lo convoques.

La mente es progreso; el sentimiento, esencia.

Mientras la mente forja las doctrinas y las leyes, el sentimiento proporciona confianza en ellas.

En el equilibrio entre ambos se halla el hombre, su integridad y humanidad, su criterio, su amor a la posibilidad de pensar.

Ten en cuenta que la mente también es fría, egoísta, limitante; en cambio el sentimiento cree, lucha.

Por la mente el hombre teme; por el sentimiento avanza. La mente puede llegar a ser cruel, desmedida, ambiciosa; el senti-

miento, una prédica de amor. La mente puede llevar a la guerra, mientras que el sentimiento abogará por la paz. Cuando la mente, orgullosa, se vanagloria de su sabiduría, el sentimiento, humildemente, aguarda por cordura y sencillez.

La mente lucha con armas; el sentimiento resistirá armado de palabras.

La mente se hunde en más y más mente; el sentimiento solo puede fundirse con un sentimiento más profundo. Por lo tanto, trata de mantener el equilibrio o, a lo sumo, piérdelo para que él pueda encontrarte. La libertad última es, simplemente, lo que es y solo abandonando las consideraciones de tu ego podrás comprenderlo.

La *Vida*, señalando un lugar, le dijo al pequeño:

—Mira siempre hacia delante y sabrás encontrar tu camino. Valórate a partir de la oportunidad que hoy se te presenta y aprende a adoptar posiciones frente a los hombres, manteniendo tranquilidad en la actuación, confianza en la entrega y convicción en la postura.

Ama y no esperes nada a cambio. Algún Maestro una vez dijo: “*lo demás os llegará por añadidura.*”

Comparte las posibilidades, el conocimiento y el equilibrio interior.

Vive despierto y alerta, respirando conciencia, feliz.

Ahora ve, comienza tu trayecto. Adiós.

—Adiós —dijo el pequeño y emprendió su marcha.

A los pocos pasos se detuvo, miró hacia atrás y, frunciendo su rostro, observó que aquellas personas se habían marchado. No comprendía.

Solo quedaba la piedra, y el niño comprendió que sería absurdo leer lo que allí estaba grabado, pues por algo debía transitar los recodos de la vida y aventurarse en ellos.

“Quizás el último paso sea para estar frente a ella”, pensó. Tenía sentido y, satisfecho, se propuso seguir.

En su mente resonaban las palabras y en su interior sentía la compañía intangible de esos seres. Inspiró profundamente la pureza de un obsequio no solicitado y que jamás pudo haber sospechado que recibiría. Descubrir que la existencia debería tener un sentido le permitió sentirse digno de ir en pos de él.

Luego recordó: *“Mira siempre hacia delante y sabrás encontrar tu camino”*.

Se volvió y reemprendió sus pasos. El sendero parecía ser largo, pues se perdía a lo lejos.

El sol comenzaba a internarse entre las abundantes hojas de los árboles. El juego de luces y sombras producía diversos tonos de verde que extasiaban al niño. Se podía ver la superficie dorada de una plantación de trigo y el resplandor de un pequeño arroyo que regaba los cultivos.

*“Descubre en cada instante el valor de las pequeñas cosas”*, era un principio que el niño ya había adoptado. Sin duda era un bello amanecer.

Las gotas del rocío sobre las flores semejaban lágrimas dulces caídas por la partida de la luna. Algo le decía que iba a ser un día provechoso.

Su andar era armonioso, ágil. De tanto en tanto, se detenía a recoger piedrecillas a las que contemplaba por un momento y luego guardaba en sus bolsillos.

De pronto, a lo lejos, distinguió una figura. Apresuró el paso para acortar la distancia que lo separaba de ella y, una vez frente a frente, el pequeño notó que se trataba de un anciano de barba abundante y blanca como su pelo.

—¿Deseas compartir mi pan, hijo? —le preguntó aquel hombre.

—Gracias —respondió el niño y se sentó a su lado.  
 —Pareces tener hambre. ¿Hacia dónde te diriges?  
 Masticando aún, el pequeño trató de hacerse entender.  
 —Voy... ha... hacia el lugar donde se encuentran los hombres  
 —respondió tragando un bocado.  
 —Tienes un largo trecho, hijo —acotó el anciano.  
 Por un momento, se dedicaron solamente a su comida. Luego, intrigado, el niño preguntó:  
 —¿Por qué te hallas aquí tan solo?  
 El viejo, con aire de resignación, esbozó una sonrisa triste y, elevando su frente, le respondió:  
 —Soy la *Experiencia* y, en parte, mi soledad se debe a que muchos hombres me han hecho a un lado. Soy hechos y palabras que evitan tropiezos y caídas, sin embargo...  
 El anciano hizo silencio y, perdiendo la mirada en un punto lejano, quedó pensativo. El pequeño trató de ubicar el lugar hacia donde aquel dirigía la vista y, al no encontrar nada atrayente, le palmeó una pierna alentándolo a que continuara su diálogo.  
 —Regálame tus palabras y así podré esquivar sin caerme las piedras y troncos que aparezcan en mi camino.  
 Al escuchar la frase el anciano se volvió hacia él. Comprendiendo su inocencia, le sonrió.  
 —Si bien es ley el tener que vivir por cuenta propia el fracaso de una caída o el éxito de haber superado un obstáculo, mis opiniones pueden orientarte. ¿Acaso no se reflejan en cada vida las mismas circunstancias y vicisitudes? ¿Acaso alguien puede afirmar que está absolutamente despojado de conocimiento prestado? Únicamente en la soberbia puede pretenderse ser único y original.  
 Recuerda, la vida es un cúmulo de experiencias, pero estas son solo el medio para alcanzar el objetivo —que supongas o in-

tuyas— de la existencia. Este varía de acuerdo a las necesidades del espíritu, mas nadie podrá escapar del único sentido inevitable: las sospechas que conducirán a una confrontación íntima para inquirir sobre si *el quién soy* es realmente trascendente.

Debes aceptar errores y triunfos y aprender a sumarlos. Sin ser una ley ni una imposición, es una lógica consecuencia acumular algún tipo de resultado.

En los momentos de indecisión, de forma tonta, muchos me han ignorado, y sobre tierras poco fértiles tratan de sembrar su trigo. Hace mucho tiempo que la experiencia es testigo de la falta de juicio común.

El que ha caído da la pauta, y el que no toma en cuenta el motivo por el cual ha tropezado, probablemente tenga similar destino, aunque jamás debería privarse a nadie de obtener su propia experiencia y de validar, o no, las opiniones ajenas. Sin embargo... a veces...

—Dime, hijo, si yo te dijese que en aquel bache tropecé y que te conviene evitarlo, ¿qué harías?

—A llegar a él lo saltaría o lo bordearía para no tropezar como tú —respondió el niño, tratando de lograr aceptación.

—¡Perfecto! —exclamó el anciano enérgicamente—. Eso es lo que debe hacerse. Pero debes tener en cuenta que muchos hombres no lo hacen.

Si fuese solo un bache insignificante, no tendría mayor importancia, pero el orgullo absurdo, el despecho y la ignorancia convierten los pozos en abismos, y en estos puede caer mucha gente.

Si a una persona le has hecho mal con tus palabras, ¿por qué repetirlas? Si un hombre, al jugar con un cuchillo, se ha cortado, ¿por qué arriesgarte a jugar con él?

Si las guerras traen víctimas, destrucción e ignominia a los responsables, ¿por qué más guerras?

Piensa en esto. Busca una respuesta.

Aunque la negligencia y la soberbia preponderen, que no disipen tus ideas. Si conservas tu humildad, sabrás aceptar y reconocer cuáles son las palabras que podrían evitarte golpes. Por el contrario, si eres orgulloso, tratarás de revertir los buenos consejos y, en tanto lo hagas, más pondrás a prueba tu ignorancia.

Acepta tu caída, pero, en vísperas de una segunda, recuerda que el mismo camino es inútil.

—Y si existe un solo sendero en donde el pozo es tan grande que seguro caeré en él, ¿qué debo hacer? —preguntó el niño ante la posibilidad de que se presentase aquella situación.

—En ese caso, esperarás con tranquilidad. Tratarás de no volver hacia atrás ni de aventurarte solo en un desastre seguro. Quizás el que haya pasado por allí te ofrezca, desde la otra orilla, la madera que utilizó como puente, pero tú deberás tener en cuenta la calidad de aquella, pues podría ser muy frágil y también podrías caerte. Cada uno posee su propio peso.

Por otro lado, ¿qué tan lejos puedo ir que tú no vayas a estar a mi lado? ¿Acaso piensas que mi destino pueda ser tan distinto del tuyo? Al final del camino, existe una sola puerta, y tanto tú como yo esperaremos al último de los nuestros. Esta se abrirá solo una sola vez para que la atravesemos todos juntos, unidos y en armonía.

—Hijo, quizás no hayas comprendido muchas de las cosas que te he dicho, pero no dudes que, en el tiempo que corresponda, cobrarán sentido.

Puedes adaptar estas palabras a tu camino. Ten en cuenta

que este puede ser el camino de tu vida, y los obstáculos que se presenten, incalculables. Incluso tú mismo puedes ser uno de ellos.

Aquellas palabras que partan del corazón y de una suave voz interior siempre podrán ayudarte. No te bases en una excesiva confianza en tu persona, pues podrás sumirte en una duda aún más profunda.

Ahora debes continuar tu marcha. Una Meta está esperándote.

Comenzaba la tarde y el niño comprendió que todavía podría aprovechar algunas horas más de luz para avanzar. Se levantó sonriendo, disimulando la tristeza del adiós, y dijo al anciano:

—Tu comida ha sido pan y palabras, por eso parto con el estómago lleno y el corazón satisfecho. Volveré a tener hambre de pan, pero no de tus frases, pues estas germinarán y serán alimento de mi espíritu en épocas de sequía.

Asomaron lágrimas a los ojos del anciano, y el pequeño, tomando una de las piedras de su bolsillo, le dijo:

—Tómala, es la que más me gusta, y deseo que te la quedes. Si quieres, en todo caso, me la devuelves cuando nos encontremos frente a esa puerta.

El viejo, aprisionando la piedrecilla contra su pecho, exclamó:

—Compartir riqueza es común, compartir la propia riqueza es brindar verdadera amistad. Pequeño amigo, tú lo has dicho, absurdo es todo adiós cuando volveremos a encontrarnos.

Se miraron por largos segundos, y luego el niño comenzó a andar.

Sintió frío, se dio cuenta de que la tarde estaba cayendo y de que, inconscientemente, había caminado varias horas sin notarlo.



Decidió que le convendría descansar y se recostó debajo de un árbol.

“Mañana será un nuevo día”, pensó y se durmió profundamente.

La carreta se aproximaba a paso lento. Al principio, una polvareda lejana. Luego comenzó a distinguirse un precario carro que, tirado por un viejo caballo, se dirigía en dirección al niño. El pequeño se sentó a esperarlo pensando que quizás tendría compañía por un trecho.

Cepillos, plumeros, cacerolas, ollas y un hombre entre ellas que, rienda en mano, dirigía el tranquilo paso del animal.

—¡Detente! —le dijo el hombre a su caballo que paró al momento—. ¿Hacia adónde te diriges?

—Hacia el sur, respondió el niño señalando en esa dirección—. ¿Puedes llevarme? —indagó con timidez.

—Claro que sí. Sube. Y le ofreció como asiento una olla boca abajo.

—No es del todo cómoda —exclamó el hombre sonriendo—, pero es mejor que caminar.

—Agradezco mucho que me lleves —acotó el niño.

—No es necesario. Bienvenida es tu compañía a mi aburrida soledad.

El hombre tiró de las riendas, golpeó el muslo del caballo y reemprendió la marcha.

El carro se balanceaba suavemente al compás del crujir de las maderas y golpes de cacharros. El hombre silbaba una canción.

De pronto, al niño le surgió una duda, y su dulce voz buscó respuesta.

—¿No te cansas, a veces, de estar solo? ¿Acaso no piensas que es necesario estar al tanto de uno mismo?

El hombre dejó de silbar y adoptó un gesto de seriedad. El niño pensó que, seguramente, estaba analizando qué pasaba dentro de él.

—Muchas veces —respondió el hombre—, la soledad te conduce a cuestionarte innumerables cosas. La soledad implica el valor de enfrentarse a uno mismo y a los ocasionales interrogantes que surgen. Comienzas a recriminarte actitudes y te encuentras frente a frente con la tristeza al darte cuenta de lo poco que eres. Por eso me canso, le temo a estar solo y huyo.

El pequeño nunca había tenido esa sensación, y saber que esa persona en muchos otros viajes habría sufrido le causaba malestar.

El día era espléndido. El cielo despejado parecía abrazar a los campos y permitirle al sol dialogar con los cultivos.

“Si hoy la vida te bendice y te descubres interiormente con un mínimo de equilibrio, vuélcalo hacia afuera y compártelo, pues, caso contrario, la balanza caerá por su propio peso y tú, con ella”.

El niño sintió algo dentro de sí que lo impulsaba a hablar y a contarle sus experiencias, aunque sin darse cuenta se hundió en recuerdos.

“En la paz de la soledad, cuando uno es solo una nube de pensamientos flotando en el aire, brota el asombro de haber descubierto la propia compañía. Y mejor aún, si las ideas cesan, hablarás que eres el uno en que se manifiesta la existencia”.

“Junto a mí mismo pude darme cuenta de que tenía ojos para poder admirar, manos para tocar, pies para caminar y corazón para poder amar todo lo que admire, toque y camine. La vida tiene en mí una oportunidad”.

—¡Mira, allá hay un río! —exclamó el niño.

El hombre, ignorando el asombro del pequeño, comentó con aire casual, producto de la familiaridad:

—Las aguas de ese río atraviesan la llanura, siempre mojan los mismos arbustos. Solo sirve para beber y refrescarse.

El pequeño no comprendía cómo el hombre no alcanzaba a apreciar algo que a sus ojos era bello.

—¡Mira las flores que nacen en la orilla y las mariposas que revolotean sobre la hierba! —exclamó tratando de contagiarle su entusiasmo.

—¡Bah!... deja eso para los poetas, hijo.

El pequeño bajó su mirada y, al borde de las lágrimas pensó si en realidad había que ser poeta para apreciar la poesía que la naturaleza pone delante de todos los ojos.

¿Cómo podía ver todo tan gris? ¿Cómo ignoraba esa maravillosa música?

No sabía cómo expresarle al hombre la energía que continuamente emana de las pequeñas cosas y lo pleno que a él lo hacían sentirse.

—Imagínate que el río no existiese. No podrías refrescarte ni beber de sus aguas. ¿Qué harías entonces? —le preguntó el niño.

El hombre recordó los beneficios que había obtenido de la frescura de sus aguas en verano y, de pronto, sintió que perderlos sería un motivo de disgusto.

—Bueno, no me agradaría que eso sucediera —respondió, aliviado al verlo todavía en su sitio.

—Podrías traer agua en los bidones para tus necesidades —acotó el pequeño, tratado de hacerle ver que la utilidad del río, para él, era limitada.

—No sería lo mismo —respondió el hombre—, sus aguas son abundantes y claras.

El niño percibió entonces que, en el fondo, el hombre también disfrutaba del pequeño río y lo valoraba. Siempre la rutina y lo cotidiano nublan la visión y requiere un pequeño esfuerzo percibir magia y conciencia en cada cosa, en cada instante.

—¿Nunca has visto cómo el sol se introduce en el río cuando atardece?

—Sí, lo he visto —respondió el hombre.

—¿No has observado cómo las aguas parecen arder de alegría y se forman miles de espejitos relucientes? Una suave brisa mece los arbustos y el agua que rompe marca el compás del canto de los grillos.

El hombre, asombrado por la naturalidad del niño y de su dulce mirada que se conmovía a la par de sus palabras, deseó remover la escarcha de su corazón, brindarse una oportunidad y poder gozar del río, su compañero de incontables viajes, en el que nunca se habían detenido sus sentimientos.

—Oye, veo que jamás había reparado en eso. Creo que aunque haya pasado por aquí cien veces, estoy comenzando a creer que es un lugar distinto. Pronto será el atardecer, invítame a tu mundo.

Ahogado por la emoción, el hombre descubrió que aún podía encontrar dentro de sí la sonrisa del pequeño.

—Vamos debajo de aquellos árboles para que el coro de los pájaros nos envuelva con sus himnos —dijo el niño señalando un buen lugar para observar el espectáculo.

El carro se detuvo. Hombre y niño, tomados de la mano, sortearon algunas piedras que se encontraban sobre la verde alfombra.

Al llegar a la orilla del río, el hombre se inclinó, bebió un sorbo de agua y le pareció que sabía distinta, mucho más rica. Esta vez no era el hombre sino su ser el que bebía. Se dirigieron al lugar prefijado, se sentaron sobre la hierba y, juntos, comenzaron a descubrir lo que siempre se encuentra cuando una clara intensidad se realiza: la de estar presente.

—¿Oyes los pájaros? —preguntó el pequeño.

—Sí, es hermoso.

Sus ojos estaban cerrados. El hombre parecía haberse evadido de su cuerpo y estar fundido con el canto de las aves.

El ocaso de un día que anuncia otro más caluroso es algo incomparable. El halo rojizo que le proporciona el astro al cielo muestra una candente esfera que emana fulgor.

—Veo los espejos, hijo —exclamó el hombre—. Son muchos y puedo ver en ellos cómo se refleja la luz.

—Y tu alma —agregó el niño, sin saber cómo expresarle que lo que estaba admirando era esa parte del hombre que enaltece su propia magnificencia y que solo puede verse en las cosas, pues él también forma parte de ellas.

El hombre, sumido en el particular éxtasis del cotidiano atardecer, pronunció palabras entrecortadas que transmitían una profunda emoción:

—La oportunidad de abrir la puerta nunca ha sido negada. Hoy tú me has recordado que la llave se encontraba puesta. ¡Al fin pude abrirte, corazón! Palpitaste por la alegría y estallaste en la cumbre del asombro.

En mí brota el capullo del sentido de la vida. ¿Es que acaso ha nacido mi cordura o simplemente despierto de mi sueño?

Ni siquiera en la noche, puedo ahora comprender, me he encontrado en soledad. Infinidad de estrellas me han iluminado y velan por mí. He de compartir mi vida, pues mis ojos descubren y ven con quién hacerlo. ¿O será acaso que soy el invitado de un todo que comparte?

Ahora puedo preguntarme por qué he escapado a la realidad amparándome en un dolor profundo. Sin haberlo notado, derribé el castillo de bondad que me debía a mí mismo y, aun sin pedirlo, la vida me ofrece cobijo en su templo.

Comenzaba a resignarme a valores e ideales elevados que, ahora entiendo, por el solo hecho de vivir nos han sido concedidos.

Puedes crearte el mundo que deseas, es cierto. *El coraje de luchar por evidenciar y enaltecer lo bello es encerrar en un puño la alegría de vivir.*

El pequeño, compartiendo su felicidad, le dijo:

—Cuando te descubras pronunciando palabras de aliento, estarás triunfando sobre tus propias dudas y debilidades. Solo aprende a escucharte.

El atardecer había acabado. En el cielo, el celeste se había oscurecido y la luna comenzó su vigilia. Ya asomaban los primeros luceros y las luciérnagas titilaban alrededor.

Concurrían a la cita los puntuales invitados a la fiesta de todas las noches.

Cada vez más cerca. El entusiasmo, en aumento proporcional a la cercanía de la meta. Caminar hacia el escenario era su objetivo momentáneo.

El sendero, paso tras paso, parecía llegar a su fin.

Siempre el cielo claro y el verde de los campos lo acompañaban. Coloridas flores daban matiz al suelo, en tanto que el viento jugueteaba con su hermosura.

De pronto un árbol fue foco de su mirada. Llevaba un escrito grabado en la corteza, y el interés por su contenido acercó al pequeño hacia él. Se detuvo a los pies del robusto tronco y leyó:

*No lo olvidas, la prisa no te permite apreciar la preocupación que siente la vida, cuando no descubres todas sus flores.*

—Lo recordaré —dijo el pequeño en voz alta, mirando la frondosidad de la copa.

—El haberlo leído te otorga un privilegio pues, en general, los que pasan por el camino se contentan con observar de lejos esta escritura y tan solo imaginan su contenido —dijo el árbol.

—Pero si no cuesta mucho acercarse hasta aquí, ¿por qué no lo hacen?

—Porque creen estar absolutamente absorbidos por sus obligaciones. Quizás el apremio de su tiempo represente dinero que pueda perderse, quizás necesidad o una falla en su capacidad de asombro —respondió el árbol, mientras movía sus ramas en gesto de no comprender con certeza la actitud de alguna gente.

El pequeño, al entender que no todos los hombres aprecian las cosas ni se comportan de la misma manera, se entristeció ante la posibilidad de no saber cómo actuar frente a ellos.

El árbol, comprendiendo su angustia, trató de alentarlo:

—No debes preocuparte. Primero céntrate y busca la calma del amor. Luego solo trata de ser consciente de tus propósitos. Esto dotará de genuina firmeza a las ideas que expreses.

—Ojalá resulte tan sencillo como dices —replicó el pequeño, inseguro todavía.

—Debes aprender a conocer a los hombres, pero ten en cuenta que el aprendizaje corresponde a cada uno y corre de acuerdo al porqué que quiera responderse. ¡Vamos, lee mi corteza!

*Sabe escuchar y aprende a expresarte;  
observa todo y aprende a distinguir qué seguir mirando;  
ríete de la tristeza, pero aprende a qué cosas, quizás,  
debas llorar en su debido momento.*

*Aprende que un objetivo es conocer a la vida en su esencia.  
Luego olvídate de ello y, simplemente, celebra.  
Dale forma a tus sentimientos y aprende a respetarlos.  
Ama todo lo que te rodea y aprende a amarte dentro de ello.*

*Mantén en tu corazón al niño que eres y, en esta condición,  
aun después de haber dejado de serlo,  
intenta aprender a ser un hombre.*

El pequeño, tranquilo, luego de meditar, expresó:

—Solamente necesitaré algo de tiempo para alcanzar a comprenderlos, ¿no es así?

El árbol, entendiendo que además del tiempo, una cualidad óptima acrecentaría su confianza, le dijo:

—El único amigo que quizás haga posibles tus anhelos es el mismo que surca de arrugas tu rostro. Es el tiempo.

Pero esperar es volverse viejo.

Si buscas, tropezarás con la suerte que angustia.

Si sueñas, crearás un mundo que se desvanece al abrir los ojos.

Si resignas, conocerás la cobardía que impone el espíritu en la debilidad.

Cree y confía. Esta es una fuerza que, desde lo más profundo, te asegura que la sed se saciará, aun sin ver todavía al agua que da calma. El tiempo y tu ser, pequeño, son las razones con las que cuentas para vivir.

El niño comprendió que sus temores carecían de fundamento, entonces apoyó su mano con suavidad sobre el tronco y, mirando nuevamente la copa, dijo al árbol:

—Debo continuar mi camino, pero no voy a decirte adiós, pues estarás en cada nueva flor que descubra. Gracias.

El árbol dejó caer una hoja.

—Tómala, me hará bien saber que parte de mí estará en ti cuando lleges al comienzo de tu aventura.

El niño alzó la hoja, le sonrió y reemprendió su marcha.

Se acercaba. Ya no muchos pasos lo separaban del escenario donde interactuarían él y los demás hombres.

Recordó aquello de *aprende a adoptar posiciones ante los hombres...*

En su interior, se preguntaba cuáles debían ser estas, pues, en definitiva, todas las que adoptase serían naturalmente suyas.

“¿Cómo podría fingir si soy el mismo espectador que sabría que miente en su actuación? ¿Cómo debilitaría esto mis principios! Y, en el fondo, sentiría la vileza de pretender engañarme con una falsa imagen”.

El telón estaba a punto de correrse.

Hacía tiempo que percibía la sensación de su presencia. Se escuchaban los gritos y las risas. Ya podía contemplar el panorama donde el hombre vivía. Había llegado.

El camino obligado se acercaba a su fin. Este había durado el tiempo que necesitamos los seres humanos para enfrentar un hecho futuro que a todos nos concierne: integrarnos a la sociedad en la cual debemos desarrollarnos. Erguirnos junto a los hombres que siempre están esperando a todo aquel al que le llega el momento y dispuestos a acompañarlo.

Desde una loma, el niño observaba la especie de anfiteatro donde, allá abajo, el hombre vivía. Su tipo de vida.

Al pequeño aún lo envolvía la atmósfera diáfana de la altura. El cielo era tan claro como su inocencia, y el césped, tan verde como su condición de niño, lleno de esperanzas, amor y dulzura. Todos traemos esas virtudes a la tierra, sin embargo, muchos las abandonan y recorren sin ellas el nuevo camino.

El hábitat del hombre se limitaba a elevaciones de cemento, humo y ruido. Parte de la naturaleza había sido suprimida, y preponderaba un color gris que, en apariencia, el humano valoraba mucho.

Con tranquilidad, el niño comenzó a descender por una escalinata que lo llevaría al centro de ese lugar, tan distinto de lo que él conocía. Desde allí llegaba a distinguir a un grupo de personas que lo aguardaba.

A medida que se acercaba a ellos, tropezaba y encontraba obstáculos sobre los escalones. Notó que el frío aumentaba y se preguntó por qué el clima de su transitado camino había sido más cálido. Sus ojos iban descubriendo las diferencias entre su sendero y este escenario.

Vio a una madre con su criatura en brazos, a un borracho llorando acurrucado con su botella, a personas que se topaban con otras y que, sin prestar atención, continuaban su marcha.

Escuchó los gritos de un hombre a otro más pequeño y a personas sin cara que hablaban y se abrazaban. “Seguramente no sabrán quién es uno y quién es otro”, pensó el niño.

Un trabajador ahorra una modesta suma en una alcancía que tenía forma de cara. Esta sonreía cuando las monedas caían en su interior, gesto que alentaba al hombre a continuar con su sacrificio. En un descuido, el rostro de la alcancía tomó rasgos angulosos, sarcásticos y, con risa fuerte e irónica, comenzó a alejarse. En vano el trabajador suplicó porque volviese. Entonces se limitó a observarla. La parte posterior de la alcancía tenía los colores de una bandera.

Un hombre abatía árboles con su hacha; otro arrojaba basura a un río oscuro y desagradable.

El niño no comprendía muchas cosas; sin embargo, continuaba descendiendo.

El grupo que lo esperaba le hacía señas con los brazos. Muchos de ellos usaban máscaras; otros tenían los rostros descubiertos, pero amordazadas las bocas.

Mientras el niño se acercaba, le preguntaron:

—¿Qué deseas? ¿Máscara o mordaza?

El niño comparaba los gestos de amabilidad y aspecto risueño de los enmascarados con la impotencia y la desesperación de los amordazados, que intentaban decirle que no aceptara ninguna de las dos ofertas.

—Gracias, no deseo ninguna —respondió el pequeño mientras observaba como se tranquilizaban los imposibilitados de hablar.

—Pero, para estar aquí, debes optar por una de estas opciones —le dijo un hombre de máscara pálida.

A punto de elegir la careta por el aspecto divertido que mostraban sus poseedores, surgió de su interior una contemplación.

“Mira a aquellos, no pueden hablar. Trata de comprenderlos y que de tu boca libre salgan las palabras que puedan desanudar el condicionamiento voluntario que se han impuesto”.

—No elijo ninguna, pero mantendré la condición de silencio por el tiempo necesario —respondió el pequeño.

Los enmascarados comenzaron a mirarse intranquilos y se alejaron de él.

Más tarde, después de haber comprendido algunas cosas, el pequeño buscaría la soledad para armarse de palabras y alentar a los que no pueden hablarse a sí mismos. Por el momento, solo continuaba descendiendo.

Notó cómo la gente se preparaba para recibirlo. Muchos cambiaban sus ropas sin darse cuenta de que tenían oscuro el corazón y de que sus palabras eran sucias o sin sentido.

Otros, al verlo, solo se sentaban a esperarlo, sin preocuparse por su imagen. Cuando hablaban, salían flores de sus bocas y sus ojos brillaban como dos pequeños soles.

Faltaban pocos escalones de cemento. La gente se iba acomodando.

Una pareja de adultos se paró sobre un estrado.

La propia imagen del niño, que miraba los pasos del verdadero pequeño sin perder detalle, se sentó en un pilar y esperó su llegada.

Unos cinco o seis hombres y otras tantas mujeres se acomodaron en tronos; y el resto de la gente, en gradas detrás de ellos.

Todo estaba organizado, solo faltaba que el niño se colocara frente a ellos.

“Este escalón es el último”, pensó.

Sintió un lamento a su costado. Miró hacia allí y encontró a un hombre muy viejo. Era el *Fin de la Inocencia y el Principio de la Conciencia*. El niño le tomó la mano y el anciano pronunció estas palabras:

—El tiempo que has vivido hasta ahora también a mí me ha envejecido. Ya mi vida pende de un hilo que se cortará cuando tu próximo paso te interne en el mundo en que debes crecer. Por un lado, moriré, pero renazco por otro, esta vez firme, alerta y maduro.

Hoy nos damos cuenta de que las rosas que hemos visto suaves y hermosas, también tienen espinas.

Seguirás siendo un pequeño frente al universo, pero no completamente niño frente a los hombres.

Lágrimas que no se ven, lágrimas que quizás se oculten detrás de una sonrisa sin alegría, lágrimas que corren por el corazón, lágrimas por tu inocencia, que ya no será la misma.

El laberinto de la vida en su apogeo. Quizás surja el grito impotente, ahogado en las penumbras del mundo de niño que se esfuma.

Debes prepararte, pues tal vez tus miradas se encuentren con un hielo que la calidez de tu afecto difícilmente pueda

derretir, y tu rostro se torne áspero mientras espera una improbable caricia.

Estás a un paso del abismo, a un paso de la plenitud.

No encierres las ansias de compartir en un claustro y siempre tiende tu mano, aunque sea hacia la nada. Alguien la tomará.

Verás que el inalienable derecho de ser quizás hoy no te abraza y solo recibas hiel y frivolidad, aunque la unidad, la naturaleza y el universo se hallen frente a tus ojos. Solo tú sabrás cuál ha de ser la mirada.

Asoma tu cuerpo entre la maleza y podrás lograrlo. Este es el campo en el que debes trazar tu camino.

Ve. Confía en ti, pues algo ya lo hace.

No reconocerían su privilegio de niño, pues ya no lo era. Solo quedaba una pasarela. Solo unos pocos pasos para decir:

*Estoy aquí. Soy.*



## CAPÍTULO VI

Cuando el niño se postró delante de ellos, uno de los hombres se paró de su trono y tomó la palabra:

—El que valoren tu postura, depende de cómo sepas imponerte.

Hablaba el *Realismo* que, sin lugar a dudas, se basaba en la experiencia.

—Si los cimientos en que se apoya tu espíritu están carcomidos —continuó diciendo—, darás una imagen temblorosa que, cuando aparezcan las aves de rapiña, terminará desmoronándose.

En una mirada segura se revela un espíritu fuerte, mas no toda mirada poderosa es necesariamente clara, suave y profunda.

Las palabras duras ante la negligencia y afines al razonamiento despiertan respeto entre los hombres y temor entre los viles.

El niño, observando a la multitud, exclamó:

—Siento que puedo confiar en todos.

—Somos muchos, hijo, y si todos nos rigiéramos por principios honestos, concordantes, podríamos confiar el uno en el otro sin entablar distinción.

El resentido pondrá su pie para que caigas. El envidioso echará barro sobre tus ropas para que estas se vean sucias y poder así

decir que eres un pordiosero. Los tontos lo creerán. El egoísta te dejará esperando, confuso y sin entender cómo no puede brindarte aquello que, en su oportunidad, tú le has cedido. El superficial y falso, siempre con un original pretexto a flor de labios, tratará de seguir demostrándote que es un hombre confiable y merecedor de respeto.

El codicioso, si tú se lo permites, succionará hasta la última gota de tu sangre.

Luego, si encuentras la realidad en el cultivo de tu espíritu, verás cómo la masificación, por falta de principios individuales, tratará de disipar tus ideas.

Si luchas por logros altruistas y de bien común, te verás rodeado por la insensibilidad y el conformismo de la gente, y tendrás que enfrentarte a esta arma letal para progresar ante el dolor y las carencias humanas. Sufren aquellos que denominamos nuestros hermanos.

—¿Crees que podrás confiar en todos? —le preguntó al niño.

El pequeño, sin responder, se limitó a pensar qué distinto sería todo si los simples sueños de los niños se convirtiesen en la realidad de los adultos. ¿Dónde se oculta lo bueno de la gente?

Propuso que le hablaran del amor.

La pareja de adultos que se encontraba sobre el estrado se dispuso a satisfacerlo. La mujer, sin soltar la mano del hombre, recitó una poesía.

*Donde nace el amor, no lo hace el orgullo, pues  
un carisma de calidez aplaca la soledad angustiada,  
mientras que la parca idealización cae en el olvido.  
¿Te permitirás gozar del sentimiento alcanzado?*

*Cuando nace el amor aflora la consideración,  
se funden las palabras dulces y los tiempos futuros,  
las manos acarician las manos y propagan  
la paz que envuelve su tersura.*

*Porque nace el amor, surge una libertad que se comparte.  
Es esencia, que esteriliza a la tristeza, y ausencia de sentido,  
pues es el aliento que promueve esta única existencia.*

El hombre, a su vez, dijo:

—Sabrás que es amor cuando el resurgimiento de las flores en primavera estremezca lo profundo de tu alma...;

cuando las lágrimas corran por tus mejillas...;

cuando la sonrisa de un pequeño te haga creer, aún más, en la vida.

Sabrás que es amor cuando tus ojos gocen del lenguaje de las miradas...;

cuando el viento roce tu rostro y te recuerde tu libertad...;

cuando se entibie tu piel con el calor de otra piel.

Sabrás que es amor cuando sientas, aún sin verlo, al aliento que te impulsa...;

cuando pretendas acercarte a esa chispa sublime, que te busca, te alienta, te espera.

Puedes fusionar la paz que brinda un sentimiento de pureza con la desinteresada acción de dar y con la comprensión de lo que recibes... De esta manera, no dudes que podrás amar y te amarán por siempre.

El niño solo atinó a agradecer sin poder ocultar su emoción.

“Amar es confiar, confiar es aceptar vivir”, pensó.

Estas palabras dieron pie para que comprendiera que todos

pueden sentirse en paz si respiran el amor que ponen en sus actos. ¿Por qué no es así? ¿Por qué no ha sido siempre así?

Lo acometió una duda acerca del trayecto del hombre sobre la tierra y quiso saber más sobre sus pasos. Sobre los caminos trazados, sobre los intentos, los esfuerzos, la voluntad dominante.

Una de las mujeres, que se hallaba en uno de los tronos, se puso de pie y expresó:

—Yo soy la *Historia*, y mis memorias dan la pauta para el juicio.

Los hechos acontecidos transcurrieron junto con el tiempo, fiel testigo tanto de la lucidez como de la falta de cordura. El hombre halló la confianza en sus progresos, pero, sin darse cuenta, la desmedida ambición lo apartó de sus principios esenciales.

El hombre, ¿evoluciona o involuciona? ¿Cuándo o cuánto es suficiente?

En los desfiles, admira y aplaude eufórico las armas que desencadenan muerte. A su vez, torpe e ignorante, se las ofrece en forma de juguete a sus hijos, los que se adaptarán así a un futuro inmerecido.

La época de cortesía y pudor fue convertida en una de vergonzosa amoralidad. Hoy, al pensar en sexo, sus sesos se atrofian y retuercen, pero su satisfacción es inmediata: se vende en la calle.

Desde su comienzo, ha sido manifestante de torpezas y de ideas burdas; hoy se encuentra en un oscuro rincón, ebrio de los conflictos que se ha buscado. Aunque la culpa siempre es del otro.

Nunca ha tratado de meditar sobre sus errores, y el temor aviva su instinto animal de pisar las cabezas que puedan afectarlo. Él siempre primero entre todos los otros.

Ha llegado a valorar más un fusil que la felicidad de un niño o de un indigente ante un plato de comida. A lo largo de los siglos, ha dejado océanos de sangre, masacres indignantes. Individuos

faltos de razón que, apoyados por la insensatez en masa, llegaron a causar los efectos más denigrantes en la especie humana.

Ha destruido derechos que muchos no podrán conocer nunca.

La libertad, adaptada, condicionada y mutilada. Hipócritas. Se nutren del sano filósofo para dar curso a la demagogia y a la justificación de sus actos y discursos.

Su ignorancia los instiga. Recriminan comportamientos que son los propios y hablan basuras que ellos mismos comen.

Resultaría más sencillo decir:

“Has estado equivocado, pero, en virtud de la reflexión, puedes cambiar”, en vez de –acosado por la suerte que irremediablemente lo llevará a su fin–: “Te has equivocado.”

¿Alguna otra especie puede darse este lujo?

Solo nos resta mantener esperanza en la consideración y en la paciencia.

¡Oh, madurez!, criterios simples para cada circunstancia. El mundo y muchos hombres aguardan tu llegada.

¡Oh, Verdad!, solo con la madurez comprenderemos tu importancia.

¿Acaso la certidumbre de un algo, un “dios”, una razón, estará tan lejos?

—Él puede ayudarnos —expresó el pequeño confiado.

—Quizás, pero no seré yo quien te hable de Él —acotó la *Historia*.

—Pues, ¿quién puede hacerlo? —preguntó el pequeño.

—Un niño que pregunta por Dios es un ángel que nos devuelve la fe —respondió un hombre *Místico* mientras se ponía de pie al lado de su trono.

El silencio fue total.

Parecía que la multitud temía y respetaba el tema.

—Ante la posibilidad de vida, de razonamiento y de tomar conciencia del porqué y del para qué, el ser humano debe cumplir un ciclo existencial. Resulta absurdo y, a la vez, innato, el hecho de materializar sus pasos, ser conformista en sus pensamientos y no hacer preguntas a las cuales teme sus respuestas —expresó el *Místico* con firmeza y continuó—: A partir del origen del mundo, comienzan a plantearse nuestras dudas.

El hombre-máquina de hoy busca explicaciones tangibles, realistas, comprobadas por métodos científico-biológicos. Desecha conceptos filosóficos hipotéticos y plantea –según él y si existiese– un desafío amenazante al Creador. Un Creador al que no podría permitirle ser diferente de su imagen y semejanza. Entiende, Dios no ha creado al hombre: el hombre ha creado a Dios.

De llegar a una conclusión científica, materializando en un átomo la “génesis” de Todo, la nueva pregunta habría de ser: ¿quién, qué o por qué lo puso allí? La falta de sentido es el aguijón que el hombre jamás podrá quitarse, pues encontrar un fundamento sería dar por válida y real su propia existencia.

Indudablemente querer inculcar un postulado que no responda a las inquietudes primordiales del espíritu es similar a desear demostrarlo en un pizarrón sin tener tiza para escribirlo.

El egoísmo humano desconoce la virtud de pertenencia. Pertenecer implica que, dentro de una unidad indivisible, recursos y energía se reestructuren en forma permanente. Por eso el hombre busca liberarse de toda influencia y trata de hacer todo más sencillo, a sabiendas de que la magnitud y la dimensión del Todo es inconcebible, y de que puede resultar delirante buscar respuestas sin tomar en cuenta que somos una simple consecuencia de Algo.

¿Por qué estamos aquí si hubiese resultado más sencillo no estar?

¿No es acaso la virtud de nuestra conciencia la que permite que la vida pueda ser manifestada frente a un testigo? ¿Acaso la existencia sería real si nadie pudiera ofrecer testimonio sobre ella?

La vida tolera a la soberbia humana, mientras el hombre se priva de reconocer su verdadera magnitud y trascendencia.

Aun el azar, por una necesidad de explicación, resulta mágico y coherente en sí mismo. Aun la casualidad es la ridiculez de lo divino. Aun el no-dios resulta perfecto.

¿Cómo podría concebirse una idea si no se le hubiese dado la posibilidad de autorrealizarse? Solamente la no-razón o lo posible irracional da sentido a esa posibilidad. Su presencia y su comprensión se mantienen latentes por encima del límite del razonamiento humano. Por eso, quien quiera dar sus primeros pasos habrá de esmerarse en equilibrar lo retórico con la confianza.

Luego, no será necesario creer en lo que se siente y se manifiesta evidente.

Hombre, permítete humildad y podrás entender por qué tu menudo cuerpo y sus dones subsisten en el universo. No permi-

tas que te cieguen el ego y el orgullo. Aliméntate del amor, que podemos vivir y sentir, pero que no hemos inventado, sino que se nos ha concedido.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? —preguntó el niño.

—Pensar que estamos aquí para cumplir una función determinada quizás resulte absurdo, pues nadie a viva voz lo ha dicho y, aunque lo dijese, sería irrelevante para el resto. Solo la intensidad de tus experiencias te convertirá en tu propio profeta. Eso es algo que se siente y se torna real dentro del único sitio posible: tu interior —dijo el *Místico*.

Resulta menos preocupante pasarla bien, en lo posible alcanzar encumbradas posiciones y gozar de los placeres mundanos, dado que son unos pocos años los que estamos aquí.

Si el tiempo es poco, aprovechémoslo. Cada cual a su manera. Solo algunos encontrarán indicios de partículas de oro.

La falta de principios individuales forma las masas que fluyen en corrientes opuestas a los hombres de bases sólidas, que encuentran la realidad en el cultivo de su espíritu. Si por algo nos toca vivir, deberíamos, aunque más no sea, inquirir sobre el motivo. Si no se concluye en el azar, al menos habremos alejado al temor y a la ignorancia ante aquellas situaciones que la mente evita enfrentar.

No hay efecto sin causa; no hay pregunta sin respuesta, pues de no existir un argumento, ¿sobre qué se elevaría el interrogante? El argumento es la existencia, por lo tanto, cada uno debería preguntarse si no existe una respuesta.

Nuestra libertad, nuestro sentimiento, nuestro silencio permiten descifrar la duda. La manera en que se conciba al Principio, a un algo, a un dios, depende de las influencias, elecciones, razonamientos o sentimientos personales. No es objetivo inculcar doctrinas, sino adoptar una filosofía de vida.

Intentar conocer la Verdad es vivir con un poco más de veracidad e hidalgúa. Nadie que se haya encontrado pretende perderse. Apreciar que sin razón uno es y, si es así, es posible dentro de un Todo. Dicho ser pertenece a la existencia que percibimos.

Algo late tras el velo de la mente. Si lo superas, dejarás de asumir la responsabilidad por la serie de pensamientos que rondan a tu supuesto yo. Habrás superado al destino para ser en el designio.

Muchas veces ser simple es complicado. Aunque, piensa. En este momento conformamos una individualidad. Te ha sido impartida igualdad y pureza. Sobre todas las cosas, el poder de razonar y de elegir, y —en consecuencia— el que rinde cuentas sobre tu integridad. Puedes sentir y apreciar. No creas solamente en el hombre, pues su futuro es, cada vez, más irreversible. Busca en la única fuente en donde podrás encontrar un Sentido. Es decir, mira y bucea en tu interior.

Aceptemos las equivocaciones y caídas, pero no dejemos de esforzarnos porque es la única manera de vencerlas y, así, superarnos.

No finjamos amabilidad, sino seamos amables; no convivamos por la sociedad, sino en sociedad. Consideremos a nuestros defectos y debilidades como la suerte que posibilita la confrontación interna y que, al sobrellevarlos, sean aceptados como un triunfo, como testimonio de estar comprometidos con nuestra propia evolución.

No pierdas la confianza en las palabras, pues ellas son la única manera en que podemos comunicarnos. A su vez, piensa que siempre puede secarse el sudor para volver a sudar de nuevo.

Si la relación comunitaria se basa en el equilibrio espiritual del individuo, no debemos esperar tiempos mejores, porque se halla en nuestras manos el forjarlos.

Si prefieres la espera, no intentes demostrar paciencia, ya que es evidente la vagancia. Únicamente se soporta lo que no se quiere emprender.

De pronto, el pequeño preguntó:

—Dime, si las gotas de lluvia son lágrimas de Dios, ¿llorará porque el hombre lo ignora?

La duda no sería aclarada.

—Poseemos un criterio que puede saciar nuestros interrogantes, solo hace falta enfrentarlos.

El *Místico*, creyendo en la suficiencia de sus palabras, agregó por último:

—En la historia, quizás aquellos hombres que han predicado y mostrado un camino alternativo reciban más faltas de respeto y risas ignorantes que frutos de sus palabras. Pese a todo, la convicción y la paz interior confieren a ciertos individuos una conciencia tal que torna infatigable su posición ante los desafíos. Y su legado... simples palabras sanas y de aliento. Estos hombres han logrado en sí mismos su designio, eres tú quien debe resolver qué piensas hacer con tu vida.

## CAPÍTULO VIII

Desde el momento en que uno adquiere criterio para integrarse a la sociedad, el tiempo de convivencia es para siempre. Nadie puede volverle la cara a las inherencias humanas encerrándose en uno mismo pues, aunque se pretenda, siempre se estará inmerso en el marco de alternativas que ofrece la misma humanidad. Toda experiencia humana se desarrolla dentro de límites previsible.

La *propia imagen del niño*, que desde el principio se había encontrado con los hombres, se postró delante del verdadero pequeño y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Entre todos, uno más. ¿Y tú?

—Soy la actitud que debes adoptar. Los hombres exigen una mentalidad común y no puedes fallarles —respondió la *imagen*.

—No es mala la propuesta, pero, desde que llegué, aprendí muchas cosas y puedo decirte que no comparto algunas actitudes. ¿Por qué, si tengo varios frutos, he de comer aquel cuyo sabor no me agrada? —replicó el niño.

—Muchas veces sobran las razones, pero cuando uno llega tarde a la mesa, come lo que queda —trató de explicar la *imagen*.

—Pero haber llegado tarde no altera el derecho de comer tu parte —agregó el pequeño, luego de meditar un momento.

—Así es, pero el que se sentó en la cabecera estableció las normas. O comes lo que te dejan, o te quedas con hambre.

—O comes lo que te dejan, o buscas otra mesa —replicó el niño.

—Puedes marearte si empiezas a dar vueltas, solo acepta las reglas del juego.

—¿Llamas juego a la vida? —le preguntó el niño, asombrado—. ¿Llamas juego al tiempo que me corresponde? Dime, ¿para quién es un juego atenuar los sentimientos ajenos?

—Para aquel que cree y predica que el mínimo esfuerzo y la friolidad mantienen la integridad individual —respondió la *imagen*.

—Por más excelente que sea el principio e inteligentes sus seguidores, esto no quita que otros tengan diferentes enfoques y consideren los valores de otra manera —expresó el niño.

—Acepto tu opinión —dijo la *imagen*—, pero piensa que la mayoría apoya esta prédica y no puede estar equivocada.

—Quizás no, pero, a mi modo de ver, la mayoría está confundida. En la compañía de otros, busca recalcarse que está bien ubicada, y esta es su principal duda.

Era el momento de dejar en claro posiciones, y cualquier tipo de negociación era imposible. Los dos criterios partían de bases diferentes.

—No es correcto que trates de adoctrinarme según tu mentalidad —dijo el niño a la *imagen*—.

—¿Quién sabe qué es lo correcto? —preguntó la *imagen*—. Solo puedo decirte que también existe el error y que debes aprender a manejarte con ambos.

—Sí —agregó el niño—, pero ten en cuenta que, si errar es humano, muchos hombres se amparan en esta condición per-

donable. A su vez, no se valoran los esfuerzos de aquellos que, a menudo, sudan y lloran por imponer lo que su criterio considera correcto.

El día era claro y cálido; el sol entibiaba la piel de todos los reunidos. El zumbido del viento era lo único que tajaba el silencio.

—Si no te fundes con la sociedad, no podrás crecer. Es la única manera de ganar canas y ser feliz a la vez —dijo la *imagen* dirigiéndose al pequeño.

—Crecer no es ganar canas, sino perder miedos —acotó el niño.

—Pero al crecer podrás dar consejos —agregó la *imagen*.

—No, crecer es permitirse seguir aceptando palabras.

—¡Ya comprenderás que el tiempo te convertirá en sabio!

—¡No! ¡Siempre podrás alimentar la capacidad de asombro! —aseguró el pequeño.

—Solo cuando crezcas entenderás, pues criarás a tus hijos —dijo la *imagen*.

—Aspiro a que, cuando crezca, pueda facilitar el desarrollo de niños en hombres.

—¿Qué sabes tú, que no conoces los caminos de ida y vuelta?!

—Solo sé que la humildad podría convertirme en útil para el resto —replicó el niño.

—¡Crecer es tener criterio para juzgar a la gente! —recalcó la *imagen*.

—Crecer es ver al odio como la inocencia de los que aún no han crecido —aseveró el pequeño con firmeza.

Ante lo difícil que resultaba tomar posesión del pequeño, la *imagen*, ofuscada, expresó con resentimiento:

—¡Tus palabras no tienen sentido, niño!

—Es verdad —respondió este—, la dicha de poder sentir lo que expresan es encontrarle el sentido.

—Pero, lo quieras o no, tu destino es aceptar las normas —contraatacó la *imagen*.

—El camino de tu vida lo forjan tus pasos y no un destino impuesto e irremediable —respondió el pequeño—. Cosecharás lo que siembres, pero recuerda la semilla que plantaste pues, caso contrario, creerás que el fruto putrefacto no te es digno, y, sin embargo, la mala semilla habrá sido la culpable.

La *imagen del niño* no se resignaba y, de una manera u otra, trataba de acercarlo a su filosofía. Fue entonces cuando el pequeño, casi en tono de súplica, le pidió:

—Por favor, no me quieran llevar al país donde las alas están atadas. Debo sembrar con mis manos y regar con mi sudor. Formo parte de un coro y debo dejar que mi voz parta del corazón. ¿Por qué el ver limitado mi pensamiento y mi sentir tornaría feliz a una comunidad? ¿Qué frontera juzga el deber ser?

—Serás libre —ofreció la *imagen*.

—Si libertad es ceder derechos para compartirlos, no participo del que sube al trono y con batuta los dirige.

Mi libertad es el aire que corta el vuelo de un ave, aunque también el respeto de las olas que golpean contra la roca; es ir en busca del sol sin privar a los árboles de su luz; es volar junto a una mariposa y no con sus alas.

Libertad es el pensamiento, son las ideas, es el silencio.

Sangre, para algunos; ofrenda, para otros.

Es palpitar en cada instante la posibilidad de ser.

Es poder llorar la alegría y dejar que el corazón estalle de éxtasis.

Es una pauta que nos brinda la existencia, y no aceptarla es morir bajo los lazos del libertinaje ajeno.

Ser libre es perder la mirada en el cielo y, al bajar la vista, elevar la frente ante la vida.

¿Cómo me ofresces lo que, con mi primera inspiración, acepté como real?

Soy y somos libres.

El niño sentía que su pecho se henchía de alegría al recordar que poseía el don de la libertad, ese don inalienable.

Buscó a la *imagen* y se dio cuenta de que había desaparecido. Sintió en su interior la tranquilidad de haber superado una etapa decisiva: la de aceptar o no ser uno mismo.

De pronto, muchos de los adultos presentes comenzaron a murmurar y a gritar:

—¡Sus pensamientos son temerarios y subversivos! —gritaban unos.

—¡Es la rebeldía inherente a la juventud! —vociferaban otros.

Las formas gestan ideas en la mente que, aunque no salgan en palabras, estallan y repercuten en la cabeza. Muchas veces la ira y la negación se traducen en la incapacidad de experimentar lo que se desea y se vislumbra.

Una madurez de apariencias se basa en equilibrar lo que se puede alcanzar con aquello a lo que uno debe resignarse. Por lo general, elementos contrarios a los anhelos.

Pero el pequeño no aceptaba resignarse a los saqueos de la ignorancia y de la prepotencia.

Una vida con los ojos cerrados por el miedo no reporta la satisfacción de superarlo. Una vida que debe adaptarse al conformismo significa perpetuar en el fondo una cobardía que, poco a poco, carcome los principios.

Muchas veces creemos conocer a quien llega y terminamos desconociendo a quien se es y hacia dónde se va.

Sin el fantasmagórico atuendo de los cuentos y sin la cruel hoz, una mujer bella, de mirada sensible y aspecto natural, se presentó como la *Muerte*.

“Sentí que su presencia hacía vida a la vida. De no existir la muerte, ignoraríamos el valor de nuestros días”, pensaba el pequeño.

Rechazar el final nos posibilita palpar el tiempo que nos corresponde, ataca a nuestros nervios y nos urge a realizar nuestras ideas. De no existir un fin, ignoraríamos el comienzo de la dicha.

La necesidad de darle forma al fin fundamenta la inseguridad y el temor. La nada, el limbo, las sombras eternas nos ahogan en la angustia, pues la percepción del hombre no condice con el enigma de la muerte.

Más allá de simples deducciones, la profundidad de su contenido debe ser dilucidada, aunque el trabajo corresponde a cada uno.

—De pronto un cuerpo surge y un hálito de vida se adosa a él. El repentino desconcierto clama por la explicación de por



qué, sin haberlo supuesto ni pedido, alguien debe comenzar a vivir —expresó la mujer.

La respuesta no llega fácilmente, mas el tiempo, sin clemencia, nos anuncia la finitud de nuestro cuerpo.

Nadie ha pedido nacer ni morir, sin embargo... Por el solo hecho de ver y estar, ya nada puede desligarnos de la vida y, en forma inconsciente, vagamos por el mundo tratando de entender qué es lo concerniente a ella.

No podrías concebir la existencia sin existir y, al estar existiendo, ella es lo único real.

La no existencia es imposible, dado que una repentina aparición de nada absoluta produciría un vacío tal que destruiría al universo. Es de entender, entonces, que la nada es nada. Es simplemente un concepto que la mente humana ha construido ante la ignorancia de lo incomprensible e inexpressable. De esta manera también se reafirma la autonomía del hombre, que es lo más allegado y aparentemente cognoscible, dejando de lado posibilidades que estén más allá de su alcance.

—¿Por qué, entonces, existes sin darnos una explicación? —le preguntó el pequeño.

—Nunca he dejado de darla, solo requiere ser interpretada. Además, es ilógico que algún día dejes de ser —le explicó la mujer.

—Pero moriré —acotó el niño.

—¿Qué es morir? —le preguntó dulcemente la mujer.

Al no encontrar respuesta, el pequeño se limitó a elevar sus hombros, sinónimo de no saber. La mujer continuó:

—Entiende esto, no podrías concebir la existencia sin existir. Más acertado aún sería decir sin haber existido siempre, porque es razonable que no puedes provenir de la nada ni culminar en ella.

Quizás resulte que nacer no es el principio, así como tampoco morir es el fin.

Toda materia cumple ciclos e, inclusive tu cuerpo, una vez caducadas sus funciones, entrará en uno de ellos. Mas, ¿qué sucede luego?

El viento se encargará de dispersar tus moléculas, que serán pan de lo que sido tu pan. Nada ha de perder su equilibrio.

Pero, ¿qué será de tus pensamientos, aspiraciones, sentimientos, concepción de ideas y principios? No pueden destruirse, pero puedes pensar que, si mantienen su forma, literalmente, flotarían en el aire. Ten en cuenta que ya no están enjaulados dentro de tu cuerpo y tampoco los afectan los anteriores límites de tu estructura pasada. Por más dispersos que se encuentren en la “atmósfera”, todos ellos juntos esbozan el mismo estado de conciencia.

Podrías también creer que la conciencia, como el cuerpo, se degrada o se diluye, pero qué absurdo resulta al compararse con el estado de sueño. Se hubiese dejado de “existir” en el primer descanso.

Si la sangre no es el pensamiento, ni el metabolismo la fe, ¿qué sucede con la verdadera “vida” del cuerpo?

La estructura posee la sensibilidad, pero no el sentimiento; la visión puede observar, pero no analizar. El cuerpo solo te adapta al medio en todos sus aspectos, pero no es él el que adopta determinados comportamientos.

Entonces, ¿quién y qué eres en realidad? Dejo la respuesta para que la busques en ti mismo, mas ten en cuenta que todo conocimiento que tomes prestado para evacuar tus dudas serán conceptos sin vida, que solo lograrán confundirte.

Tú eres real: descifra tus interrogantes en el aroma de tu esencia. Una duda, una interrupción en la continuidad de ideas, una

paciente disposición para saldar la deuda con la sabiduría. El clima propicio se encuentra condimentado con la posible respuesta. Quizás la halles en tu interior o quizás la encuentres flotando en el aire y te vistas con ella.

—La parábola siempre ha servido como buen ejemplo —continuó diciendo la mujer—. Trata de interpretar esta:

Imagínate una gota de agua, con sus características de forma, peso, tamaño.

Nuestra gota siempre había creído ser individual, porque podía apreciarse a sí misma, amarse y ver la falta de continuidad con las otras gotas de agua.

Un día, al caer en el océano, perdió su forma y murió, fundiéndose con las aguas. Los días pasaron. El fuerte sol vaporizó su condición líquida y llevó su esencia hasta una nube. El tiempo de lluvia llegó y derramó miles de gotitas de la misma sustancia.

Nuestra amiga volvió a formarse con las mismas moléculas anteriores y, una vez más, creyó morir al caer al mar. Volvió a nacer, volvió a morir. Una y otra vez.

Sin darse cuenta, recaía siempre sobre el mismo error, hasta que reparó sobre su verdadera naturaleza. A partir de ese momento, comprendió que era agua en cualquier estado y cantidad. No se confundiría más, pues su amado cuerpo no era ella en realidad. Solo su esencia persistía.

De nada serviría continuar el ciclo, pues ya formaba parte del océano.

No más nacimientos ni muertes. Había superado a la falsa deidad, para comprender que era la Deidad Misma.

¿Acaso puedes ver el contenido de un huevo a través de su cáscara?

La vida que crees poseer es materia en función del tiempo, ¿cómo puedes entonces comprender tu verdadera naturaleza?

En una vida de años, ¿cuánto puedes edificarte y comprender? Dirás que lo indispensable, pero mira a tu alrededor y dime con franqueza si ves igualdad de oportunidades.

Hay hombres que aún son animales, niños que nacen en deficientes condiciones, situaciones paupérrimas, ricos y pobres.

¿Es que no existe una oportunidad justa y equilibrada?

Todos hemos de tener las mismas posibilidades y, de acuerdo a su provecho, la evolución interior irá tomando forma y moldeando nuestro futuro: a eso que llamamos destino, que no es más que la generación y proyección de circunstancias que, aunque cueste admitirlo, nos permitirán evolucionar y comprender.

¿Cómo puedes pretender madurar un contenido si desconoces la dimensión del tiempo en que se desarrollará?

Solo en verdadera libertad alcanzas tu propio juicio y las experiencias que te propones y requieres. A cada paso, te permites una imparcial opción, a sabiendas, consciente o inconscientemente, de la merecida recompensa.

Error sobre error, triunfo sobre triunfo, siglo tras siglo. Dado que el mejor camino de vuelta es el de ida, volverás a tu Procedencia dentro del misterio de jamás haber ido a ningún sitio. Siempre serás y estarás aquí y ahora.

Intenta desmentir esta incoherencia luego de vencer a tu ego, no antes de ello.

Por el momento, acepta mi desafío. El hombre, en forma consciente, volverá a su Procedencia.

## CAPÍTULO X

De pronto, así como el viento fuerte forma remolinos, abate las hojas de los árboles y las azota con impredecibles movimientos, así también los hombres, instigados por el desconcierto y la prisa comenzaron a caminar sin ninguna dirección, a chocarse unos contra otros y a girar sobre sí mismos.

La sociedad había comenzado a funcionar en su conjunto. Cada uno desempeñaba o no un papel determinado. La ambición, el amor, el odio, la violencia, el desempeño, la incoherencia y la locura estaban mezclados entre ellos e influían en todo el tumulto por igual.

El pequeño, al margen de la ciega multitud, volvió a ver a la madre con la criatura en brazos, al borracho acurrucado con su botella, al hombre grande que gritaba al pequeño; notó los tropezos de la gente, las personas falsas rindiendo cultos, el sudor del trabajador, la tranquilidad del adinerado. Escuchó voces que pedían, oídos sordos que reían.

Casi sin darse cuenta, el niño notó que una mano lo empujaba hacia ese carrusel sin sentido. Una sarcástica carcajada lo aterrorizó, pero algunas voces lo alentaron a no temer.

Se sentía ahogado por el aire enrarecido. Su piel sangraba por causa de aquellos que le clavaban las uñas en súplica de ayuda.

Se sintió víctima del rencor ajeno. Sufría los azotes en el corazón que, sin remordimiento, le propinaban hombres atribulados y los que elevaban títulos de todo tipo creyendo, como los otros, que poseían el derecho.

Abrazó al amor cuando pasó a su lado y guardó en un rincón la parte que le correspondía.

Vio a la muerte que, casi con tristeza, llevaba a muchos de la mano frente a un espejo donde no se ven los rostros.

Se unió al trabajador y sudó buscando los frutos de la tierra.

Trataba de esquivar al temor, pero lo apabullaban los gritos de locura a su alrededor. Nadie se encontraba.

A pesar de todo, sentía a un Dios dentro de sí.

Recordó por un instante cuando, una por una, pudo dialogar con las *consecuencias y circunstancias de la vida* y se dio cuenta de que todas ellas, en conjunto, pujaban por el éxito sobre el hombre, creando en él una confusión total.

Se ama a la violencia. Libertad es sumirse en una ideología poderosa. Ayudas al prójimo si lo ignoras en su destino. Luego de una guerra, encontrarás la paz. Triunfarás solo si evitas la empatía y lograrás el reconocimiento con demagogia.

“El hombre podría encasillar mejor sus conceptos si buscara la oportunidad de reflexionar con humildad”, pensó el niño. “El criterio no lo otorga la cantidad de experiencias sino asumirlas, aprovechando hasta su última gota”. “Podría construir una casa fuerte, si los ladrillos son de confianza, humildad, valoración y voluntad”, fue la conclusión del pequeño.

—No creas que tus hallazgos tendrán repercusión. Solo se sumarían a los de otros, que también han sido desechados.

Las palabras partían de una voz ronca, irónica, amarga, que tornaba denso al ambiente.

—Los hechos consolidan el futuro —continuó diciendo la voz.

He sumido al hombre en la duda y sus manos no alcanzan ni al borde del pozo donde está metido. Brindé importancia a los problemas y él pasa la mayor parte de su tiempo enfrascado en ellos.

Me ha bastado hacerle conocer la codicia a uno solo, para que se diseminara por todo el mundo. Una muerte fue suficiente para hacerle entender que poseía decisión sobre las vidas.

En estos tiempos, he proyectado al hombre más liberal, sin tapujos, escrúpulos ni pudor, con una moral a la medida que él disponga. Se contentó con eso, pues lo utiliza como argumento válido para satisfacer sus instintos. El menosprecio de los derechos ajenos hoy se denomina convicción.

Oscurecí a la Verdad con las farsas que actualmente se creen ciertas y, en forma paralela, divergieron las opiniones.

Ya todo es inútil, vienen encaminados hacia mí. La utopía de la renovación, un giro hacia el amor y la consideración ya no constituyen un aliciente. “¡Oh, qué magnífico sería de realizarse!”, dicen cometiendo el primer error en el tiempo verbal que utilizan.

¡Compruébalo! ¡Pregúntales uno a uno si no les gustaría compartir con lealtad el orgullo de vivir! Mas, luego, habrás de enfrentarte a la retórica: ¿pero, cómo?

Les he destruido la fe. A duras penas recuerdan su autoestima y las ansias incontrolables de superación. Se recluyen en su propia ventura y se destacan por su egoísmo. Ya no tienen fuerzas para luchar por todo esto y comprender que, en definitiva, es suyo.

He triunfado. Solo se contentan con poder vivir en un desequilibrio controlable para el reducido grupo familiar y los suyos. Ya no gritan cuando les coloco el dedo en la llaga. Se resignaron a someterse al discurso de los prepotentes y, como consecuencia, asumen la derrota de la especie. Esa imbécil derrota que quizás sientan aun sin mi influencia.

Nacen, crecen, ven al mundo y bajan su mirada. Lloran por lo diferente que podría ser todo.

A veces me lamento de su ridiculez. ¡Si sólo recordasen que la tierra, el amor, la paz y la Verdad son suyas!

—¿Cómo puedes lamentarte tú que, al momento, eres lo más indignante que he conocido? —le preguntó el pequeño con una sensación de deshonra.

—Al haber surgido del hombre, es lógico que posea algún remanente de sentimiento. De alguna manera, se me conoce como la *Autodestrucción*. El hombre me ha creado, me ha hecho crecer y aumenta, sin descanso, mi grandeza. Las razas y los credos se asesinan, se odian. Los gestos de valoración y reconciliación son diminutos esbozos que no alcanzan a equilibrar su inconsciencia. ¿Cómo, si todo ha llegado a tal punto, no voy a entregarle, en hechos, el objetivo que se propuso? —continuó diciendo la voz.

¿Cómo voy a fallarle si, día a día, aumenta el desprecio por su propia vida y por la de sus semejantes?

En el juego de “la puesta a prueba del poder”, en todos sus aspectos y niveles, solo gana quien demuestra mayor capacidad de soportar la ignominia.

Sin embargo, muchos saben que el límite entre la paz y la violencia es la ignorancia, y entre la falacia y la dignidad, la hidalguía. Y, a pesar de eso, millones de bocas se deleitan con manjares soñados que no podrán saborear nunca. Quizás sea solo un trozo de pan.

¿Y cómo crees que no puedo lamentarme si sé que hay hombres que enaltecen el verdadero sentido de nuestra estadía? Solo desean compartir, crecer, vivir en paz el tiempo que a cada uno le corresponde. ¿Será que su único destino es el mío, por la falta de razón de sus hermanos?

—Dales su oportunidad —expresó el pequeño confiando en que algo distinto podría gestarse.

—Todos los días las doy, pero el hombre ya está muy lastimado, aletargado y adormecido. Su refugio es encerrarse en sí mismo. Ya no cree en nada ni en nadie.

—Pero quizás...

—Inténtalo. Prueba hacer rodar la buena voluntad y renovar las esperanzas de los hombres. Pero recuerda y recuérdales que quizás sea una de las últimas oportunidades y que, de desecharla, yo soy el indefectible destino de la humanidad sobre la tierra. No debes olvidarlo.

Dejando de lado el éxito o el fracaso de tu futura empresa, no dejes de hacer hincapié en que su negación al esfuerzo por superarse es mi mejor alimento; y él, el hombre, mi último bocado.

Ve, el tiempo corre.

Diles, además, que solo existo como producto de su comportamiento colectivo y puedo destruirlos, aunque en realidad no los destruyo, sino que los frenaré en su verdadero camino.

El pequeño miró a su alrededor. El remolino de gente, actitudes y situaciones incoherentes e inverosímiles, continuaba sucediéndose.

“El tiempo de cada uno ya se encuentra, de una u otra manera, proyectado de antemano por ellos mismos”, pensó el niño.

Todos tenemos algo para decir, sin embargo, *¿qué es más importante que lo que yo tenga para decir?* ¿Acaso esta premisa no constituye el origen del desinterés por las cuestiones de nuestros semejantes?

Pretendemos escucharnos simplemente para que no se nos tilde de insensibles y ermitaños. Sin embargo, nuestro velado interés radica en que el resto actúe y se comporte de acuerdo con nuestras necesidades.

¿Qué es más importante que lo que a mí pueda sucederme? ¿Será esta la realidad última y más íntima en el corazón de cada uno de nosotros?

El niño supo que sus intenciones no llegarían a concretarse y lloró. Por primera vez en su vida, lloró. Sentado, con la cabeza entre las manos, en silencio.

—La semilla que dejaremos en la tierra, ¿será la apropiada?  
—murmuró acongojado.

—De no ser así, sembraremos de nuevo —escuchó decir a un hombre joven que se acercó y se sentó a su lado.

—No llores, pequeño —dijo el hombre mirando a los ojos al niño, que acababa de levantar su cabeza para ver quién le pasaba el brazo por la espalda.

Solo una palabra permite entender el gran valor de las pequeñas alegrías.

Ofrecer una palabra de aliento es triunfar sobre las propias debilidades. Pues una palabra que *palmea* la espalda de un hombre es la tranquilidad que se observa en sus nuevos pasos.

Una palabra que endulza a una sonrisa, es una sonrisa que endulza a quien ha hablado.

Una palabra es una fértil semilla.

En palabras, el poeta ama al amor.

En palabras, manifiestas tu esencia.

En palabras, la incongruencia se diluye.

¿No crees, acaso, que en palabras podemos entendernos?

—Pequeño —continuó diciendo el joven—, muchas personas han luchado y luchan para que no te dañe la desdicha. Sentir lealtad a la vida te permitirá amarla sin entablar diferencias. ¿No crees, acaso, que tu aporte es néctar de la misma esencia?

Poco a poco, algunos hombres, mujeres y niños comenzaron a sentarse en ronda alrededor de ellos. Todos juntos, dentro de la vertiginosa sociedad, en el remanso de un vínculo profundo.

Una mujer tomó la palabra y dijo:

—¿Qué pretextos puedes tener para esperar que alguien sea el primero en amar? ¿Es que recién entonces te brindarías?

—Abre los ojos y podrás ver miles de primeros, ya no escaparás. Siempre existirá quien tome la iniciativa.

La solución del mundo no consistirá, en sí misma, en cambios políticos o bajas en la cotización del dólar, que releven a tus profesores o que jubilen a tu jefe. La solución se encuentra dentro de ti. Solo debes dejar hacer a tu corazón. Él siente, lucha, cree.

Déjate ser.

Jamás te defraudarás a ti mismo, y el resto verá que la sonrisa que esbozas revela la transparencia de tu espíritu. Algunos te imitarán.

Solo tú harás posible la alegría que desees. Entiéndelo, ¡la alegría que tú desees!

Si todo va mal es porque no hacemos lo posible para que salga bien. Recapacita y respóndete si en ti no persiste algún pequeño rencor hacia alguien, si no te angustias por cosas que no tienes, si no es tu orgullo quien te impide recomponer algunas relaciones, si no insultas y maldices cuando crees que todo está en tu contra.

Día a día cometemos diminutos errores que el ritmo de vida lucha por asimilar a nuestra persona. Ten en cuenta que tú creas al medio y tus estados de ánimo. Puedes sentir el roce de los factores externos, que no podrán afectarte si te rindes a ellos y aceptas su fluir en el incesante vaivén de sensaciones.

¿Quién debería entonces superar aquellos superfluos inconvenientes que, a diario, te tornan agresivo y antisociable?

No compares ni mires alrededor para saber si todos luchan como tú ante el gladiador de la influencia mundana. Tampoco creas que el aporte de tu logro, pequeño como un grano de arena en función de la humanidad, es invalorable. Es la base.

¿Qué les responderemos a nuestros hijos cuando nos pregunten sobre la insensibilidad, el odio y la violencia en cualquiera de sus formas, niveles y sentidos?

¿Responderías con la autoridad moral de quien se esfuerza y contribuye a una mejoría?

Podemos tenderles una sorpresa a nuestros niños. Podemos, no nos falta ninguna herramienta.

No te turbes por el dinero, él no compra el ejemplo, la nobleza y la recta voluntad. Tampoco la “suerte”, aún en contra, puede distorsionar los principios.

Pierde la confianza y estarás creando al arma más destructiva. Edifica un mundo de paz y comprensión.

La palabra tiene más potencia que las armas, ¿o no te atraviesan peor que una bala si te recalcan tu posible indignidad?

Podrán caer bombas sobre un pueblo, pero siempre serán recogidos los ecos de su voz clamando por la paz, a pesar de la vil deshonra e inmoralidad del derecho mal ejercido.

La palabra tiene más potencia que la imposición sin libertad y dudosa justicia, ¿o no hacen callar al que enuncia la Verdad?

Si esto es cierto, no hay nada que pueda detenernos.

Mira todo lo que tienes y de lo que dispones. Simplemente obsérvalo.

En tu mano se encuentra un boleto libre para poder vivirlo.

No reprimas tus sentimientos. Ve, proclama tu alegría.

¡Encomiéndate al progreso, crece, evoluciona y contribuye con tu parte! Si no encuentras la recompensa, no te aflijas. Detente y medita, te sentirás tranquilo y lleno de fuerzas.

Esta será tu mayor satisfacción. Créelo. Tu vida tiene un sentido y anhela ser compartida.

El pequeño, con las lágrimas ya secas, sonrió. Quiso observar a toda la multitud que se había sumado a su dolor. Se paró. Como no podía divisarlos a todos, se subió a una gran piedra intentando así ampliar su visión.

El sol estaba de frente, y con la mano intentó improvisar una visera.

No supo o no pudo, ante los reflejos de la luz o por la cantidad de gente, determinar cuántos eran. Deseó transmitirles algo, entonces expresó:

—¿Qué puedo decir que el resto de los hombres desconozca? A lo sumo, alentarlos a descubrirse y a intentar que se permitan ser ellos mismos.

No puedo concluir en un final si es que comenzamos a recorrer el mundo que anhelamos e intuimos.

Hombre, no lo creas, la lágrima más triste aún no ha caído.

Los niños ríen todavía. Pues entonces sonríe, detrás de las nubes siempre está el sol.

Al que golpee tu puerta, ábrele tus sentimientos y, junto a ese hermano, hunde tus pies en el algodón del cielo para poder abrazar un desconocido universo.

Dentro del frágil cuerpo, el corazón late y proclama:

Amigo... ¡Tu Dios existe!

El pequeño se bajó de la piedra, tomó la mano del hombre joven y, junto a la multitud, se dispuso a avanzar por el sendero que los conduciría hasta la turbulenta sociedad, para mezclarse y fundirse en ella. El sendero parecía ser largo, pues su trayecto se perdía en un punto.

De pronto, como afectado por un rayo, el niño se dio vuelta y divisó, a lo lejos, la piedra sobre la que había estado parado. Sorprendido por la familiaridad y por los sentimientos que en

él surgieron, solo atinó a sonreír. Miró hacia delante y descubrió que ya no caminaría solo. Una multitud que se transmitía afecto sincero lo acompañaba.

“Quizás nuestro último paso sea para estar frente a ella”, pensó con gracia, y ya nunca volvió a mirar hacia atrás.



## La Misión de la Fundación

- Brindar conferencias y charlas sobre ecología, evolución, biodiversidad y conservación del medio ambiente, ajustadas al programa académico de establecimientos secundarios. El objetivo es generar conciencia entre los jóvenes de 13 a 17 años sobre el rol y el compromiso insoslayable del hombre con el planeta Tierra, nuestro hogar.
- Ofrecer un marco a proyectos de individuos motivados por la conservación y la protección de los recursos naturales, por la ayuda a comunidades necesitadas, por los problemas de contaminación y reciclado de residuos y demás inquietudes vinculadas con los objetivos de la Fundación, para que puedan disponer del apoyo requerido para que sus fines puedan ser llevados a cabo.
- Coordinar programas de asistencia social dirigidos al crisol de comunidades misioneras, destinados a acciones orientadas a la conservación y manejo sustentable de la Selva Paranaense.
- Regenerar entre 150 y 300 hectáreas de selva deforestada al año, mientras que en forma simultánea se generan puestos de trabajo, se ejecutan acciones sociales y de infraestructura vinculadas a las necesidades de las comunidades involucradas, y se comunica y difunde la importancia de la conservación del medio ambiente en todos sus aspectos y situaciones.
- Todo aporte recibido por la Fundación se utiliza para generar conciencia en nuestros hijos, para que puedan comprender y corregir la conducta actual del hombre frente a la naturaleza y a la vida en su conjunto, mientras se producen



y plantan especies de árboles nativos en peligro de extinción ante la deforestación, degradación de los recursos y pérdida de biodiversidad ocasionada por la inconsciencia que, momentáneamente, nos conduce.

- Dar participación a todos aquellos seres que anhelen dejar un legado, una huella de agradecimiento, ante la maravillosa y mágica oportunidad que nos ha permitido la vida: participar en la existencia misma.